Cuentiembre-Teresa Barbón,cuentiembre 9, 10,

ladybird12 (Teresa Fernández-Barbón Fernández

Image not found.

Capítulo 1

La conoció en un bar, aunque lo más correcto sería decir que se la trajeron sus amigos. Morena, atractiva, de mediana estatura, alegre. No se podía pedir más. Unas copas, una charla intrascendente. Y todo acabó como estaba previsto en el dormitorio de ella. Al principio tuvo sus dudas, pero cuando ella le mostró su pasión y sus encantos, sus instintos volvieron a despertarse. Todo transcurrió bien. No se arrepentía de nada, pero al despertar comprendió que el alba le decía otra cosa. Sin hacer el más mínimo ruido se levantó. Después de vestirse, dejó una nota de despedida, abandonó el apartamento.

Cuentiembre 9- Teresa Barbón

Don Patricio Moyano ejercía como médico de cabecera en un pueblo cabeza de partido judicial. Sus pacientes lo apreciaban porque aquel hombre enfundado en su sempiterno traje de color gris perla transmitía tranquilidad no solo a los más pequeños sino también a los que no lo eran tanto. A lo largo de los años de profesión se había habituado a modular la voz para aliviar la angustia de los enfermos incluso los desahuciados. Por este motivo este hábito profesional se había traspasado a los demás aspectos de la vida cotidiana, de forma que nadie en el pueblo podía afirmar haberlo visto levantar una voz más alta que otra. Sin embargo el doctor tenía una faceta oculta.

Una tarde Mari Paz, la señora de Don Avelino el procurador se encontraba tomando el sol en el jardín de su casa cuando oyó una voz que le resultaba familiar gritando con todas sus fuerzas

-¡Burro! ¡Animal! ¡Por ahí no!

Llena de incredulidad la consorte del procurador volvió la mirada hacia la casa contigua, cuyo patio de luces daba a su jardín. No cabía duda, aquella voz tan airada procedía del segundo piso. Se trataba de Don Patricio.

Brigida Fuentes, mujer de Rufo el del garaje, desde su balcón del ático le dijo en tono confidencial a su sorprendida vecina.

-Es que a Don Patricio le gusta mucho el fútbol y se emociona.

Y las dos se echaron a reír con una risa ahogada y floja. En ese momento Serafina, la esposa del galeno, se asomó por la ventana. Al ver a sus dos vecinas sofocadas, por el esfuerzo de contener la carcajada, sonrió y

sacudió la cabeza en señal de comprensión y complicidad.

-Por algún lado tiene que salir tanta tranquilidad les dijo con su meloso acento andaluz.

Entre tanto al otro lado de la ventana el fútbol y las voces continuaban.

Cuentiembre 1o-Teresa Barbón

El destacamento se equivocó de sitio y pasó lo que pasó. Eso era lo que se decía, se comentaba a sotto voce, como la cosa terrible que había sido, sobre todo tratándose de chicas de buena familia. Pero el tema no pasaba de ahí. Nadie lo decía en alta y mucho menos las afectadas ni sus familias.

Para Julia, una de ellas aquel silencio era una losa pesada. En conciencia sabía que aquello era algo inmencionable, que no había ofrecido nada a aquellos hombres, pero tendría que haber hecho algo ¿Qué? El caos y el fuego cruzaban siempre por su memoria como si fuese una película, como las que proyectaban todas las tardes del domingo en el cine. En el recuerdo se veía tratando de abrirse paso entre aquellos escombros en compañía de una de sus primas cuando se vio rodeada... Después el horror.

Desde entonces tenía que hacer grandes esfuerzos para controlar el pánico que le provocaba la presencia de los hombres. En los primeros momentos salía en compañía de sus hermanas, luego a medida que ellas se fueron casando, lo hacía con Gustadina, la asistente de toda la vida, hasta que llegó un momento en que tenía que hacerlo sola. Sus amigas habían desaparecido, de modo que necesitaba todos los padrenuestros para afrontar aquel desafío.

Y lo superó

Con todo las pesadillas y las náuseas seguían allí. Al principio estas fueron motivos de preocupación para ella misma y el resto de la familia. Un hijo fruto de aquel suceso sería ya el colmo. Cuando Don Ruperto la examinó el alivio fue general, pero los vómitos persistían, sobre todo a la hora de comer. Para no preocupar a sus padres había aprendido a tragar los alimentos a base de agua y luego de forma inadvertida a devolverlos. Sin embargo los padres y los hermanos no tardaron en advertir que día a día adelgazaba cada vez más y su piel antes de color nacarado había adquirido un color terroso.

Un día su hermano Frutos preguntó

-¿Qué te pasa? Papá y mamá están preocupados

A ella le habría gustado poder hablarle del asco, de la vergüenza que sentía, del desgarró que muchas veces la tentaba para quitarse la vida. O de la envidia que sentía por la locura de Adela la de los de Villanueva. Pero notaba una barrera invisible pero real que le impedía sincerarse con el que hasta el momento había sido su hermano favorito. De modo que reprimiendo el nudo en la garganta se retiró y se metió en su cuarto.

Entonces llegaron los sobrinos. Ella por supuesto iba a la casa del hermano que la necesitase a echar una mano. Ellos y los cuñados apreciaban la buena mano que tenía para los niños, lamentando que ella no encontrase un marido con el que tener los suyos. Pero después de aquello nadie se acercaría a ella.

Cuando Julia cumplió los veintisiete años, su hermana Josefa le dijo.

-Oye las monjas necesitan gente para que los ayude con los enfermos ¿Qué te parece si vas unas horas?

-¿Crees que papá lo aprobará? Desde que me violentaron está no sé cómo.

Josefa torció el gesto

-Por favor. No hables de eso. Ya ha pasado. Es duro para nosotros hablar de... eso

-¿Y para mí? ¿Crees que me gusta que me venga a la memoria el recuerdo del contacto de esa chusma, de su olor? ¿Crees...? Pero Julia no pudo continuar hablando. Sus ojos ardían por culpa de las lágrimas.

Josefa no dijo nada. Su universo se ceñía al hogar formado por su marido y sus hijos. No obstante su instinto le decía que no era momento de sermones ni recriminaciones. Aquel llanto, convulso, silencioso, venía de algo roto y de difícil reparación. Sin decir una palabra se acercó a su hermana y le dió un fuerte abrazo.

-Tranquila, Julia, tranquila. Que menos morirse todo se arregla. He hablado con mamá y está de acuerdo. A papá déjame a mí.